

LITERATURA

CUENTO

COMO ANTES MAS QUE ANTES

“Come prima, piú di prima / t’ameró, / per la vita, la mía vita / ti daró. / Sembra un sogno rivederti, / accarezzarti...”

Teresa, desde el primer momento, supo que aquel sueño nunca volvería a ser realidad. Cuando Antonio se marchó sin mediar palabra; ella no derramó ni una lágrima, ahogó sus suspiros en un Larios con Coca Cola, se mordió las manos hasta hacerse sangre y juró, como Escarlata O’Hara en “Lo que el viento se llevó”, que vieron juntos, que no volvería a sufrir por nadie. Teresa se lanzó sin parachoques por el camino azaroso del sálvese quien pueda. Y Teresa triunfó, si triunfar puede llamarse a tener una joyería y una cuenta corriente fuera de sobresaltos.

Antonio y ella nunca estuvieron casados, ni siquiera fueron novios formales que se sepa, tenían a medias un Dual de maleta y una docena de discos y se acostaban juntos mientras escuchaban “La Traviata” o la “Cantata de Santa María de Iquique”, que un amigo, progre como ellos, les había traído de Portugal cuando lo de los claveles. Al final Antonio se ponía triste —él lo decía en latín, “post coitum tristitia”— y escuchaba con los ojos en el techo un viejo disco de Tony Dallara —¡italianísimo!—, al margen de sus plantemientos dialéctico. “Il tuo mondo, tutto il mondo / sei per me, / a nessuno voglio bene / come a te...”

Antonio se marchó sin decir adiós. ¿Y qué iba a hacer? Era un hombre sin oficio ni beneficio, culto sí porque había estudiado dos años de Derecho, de buena familia y de mejor planta, pero sin un duro en el bolsillo. El pueblo no era para él, ni Teresa —otra que tal baila— tampoco. Menudo porvenir les esperaba... Menos mal que hacían virguerías para no tener hijos, y eso que en las farmacias del pueblo no vendían preservativos.

Teresa, hija, no seas así, tan dura, cómo es posible que ya no te acuerdes de Antonio, aunque sólo sea por las noches, a solas en tu cama viuda de soltera. Pero Teresa se acostaba normalmente tan cansada que apenas tenía aliento para acordarse ni de él ni de nadie, todo lo más pensaba en que mañana sería otro día, como Escarlata, claro: ir al banco, ajustar las cuentas de la joyería, llamar por teléfono a los representantes, vender un aderezo a la señora del Director del Instituto, comprar oro viejo —no importa ni cómo ni de dónde— a un macarrón simpático y atrevido que la visitaba de vez en cuando...

Con el dinero, Teresa recuperó la salud de su cuenta corriente y las amistades de toda la vida. Hasta el cura, remiso cuando vivía en pecado con un hombre, hacía el pavo real en tono a la joyería por “lo del Domund” o “lo del viaje del Papa”.

Al único que no recuperó fue a Antonio, del que nunca más se tuvieron noticias. El muy tonto, mira que marcharse sin decir adónde, como tirarse al pozo del futuro. Pobre Antonio, que estarás por esos mundos de Dios sin tener donde caerte muerto, y Teresa aquí, tan ricamente, cada vez más prepotente y más señora.

De uno de sus viajes a la capital Teresa trajo novio y al poco se casó de blanco y por la Iglesia. El se llama Eusebio, un chuleta de tejas para arriba, pero sencillo y tierno como un niño en cuanto oye a Elvis Presley o a los Stray Cats. Otro con la música, pensó Teresa, y qué música. A tus treinta y tantos, Eusebio, esto ya no te pinta. Pero la trasnochada melódica pronto se acostumbró a hacer el amor con rock and roll de fondo. El íntimo Dual está ahora en el trastero y en la alcoba nupcial marca el ritmo un compacto RC-47 con dos bafles de 25 watos. trastero y en la alcoba nupcial marca el ritmo un compacto RC-47 con dos bafles de 25 watos.

Así vivían felices dentro de lo que cabe, ruidosamente felices, para que se enterara todo el pueblo. Era lo único que le quedaba a Teresa de su antigua progresía: el sentido del exhibicionismo. Eusebio, con carnet de teddy boy impenitente, no necesitaba justificaciones.

El programa Rock-3 del 14 de octubre del 84 fue crucial en sus vidas. Una canción de “Golpes Bajos” desencadenó la crisis: “Ogni giorno, ogni istante / dolcemente ti diró / come prima, piú di prima / t’ameró”.

¡Italianísimo! Teresa se mordió las manos hasta hacerse sangre y Eusebio recorrió en un momento, a 33 revoluciones por minuto, la espiral del retorno a su juventud olvidada, sintió, como un latigazo, la redención new wave del pasado. “Lo hortera que roza lo divino”, qué consuelo aquella frase sublime de su amigo Pepe Hernández. Total.

A la mañana siguiente Eusebio, rizando el rizo de sus contracciones musicales, buscó por todas partes hasta dar con el viejo Dual y un paquete de discos polvorientos, que no habría tirado a la basura de puro milagro cuando él instituyó aquel hogar.

“Sembra y sogno rivederti, / accarezzarti, / la tua mano fra mia mano / strigere ancor...”

Con la antigua canción Antonio va volviendo poco a poco a su casa. Teresa lo intuye en el escalofrío de las sábanas de su cama o en el viento que por sorpresa mueve las cortinas de la alcoba, en el trasluz de la mirada de su propio marido. Ayer, cuando se duchaba, notó las caricias de sus dedos de agua hasta lo más profundo y se sintió violada dulcemente.

Eusebio, con instinto ciego, insiste en hacer suya la música de Antonio, sin saberlo lo va regresando surco a surco, cada día, cada instante, joven y hermosamente triste, como cuando